



No hay nada nuevo bajo el sol.

Así reza la frase ampliamente conocida del Eclesiastés: “Lo que fue, eso mismo será; lo que se hizo, eso mismo se hará: ino hay nada nuevo bajo el sol!” (Ecl. 1, 9). Palabras lapidarias que bien podrían sonar a una visión pesimística de la historia en dónde todo vuelve a ser lo mismo, todo vuelve al mismo lugar, por más que el hombre se afane en trabajar o en cambiar algo de la realidad. Tal parece que según esta frase, vivimos en una vorágine sin sentido en dónde todo movimiento es condenado a inutilidad, ya que el resultado es volver siempre al mismo punto de partida. Sin embargo, una lectura más profunda nos descubre una sabiduría iluminativa para nuestras acciones. La vida del hombre para Dios es una sola. Su progreso depende en buena parte de sí mismo, pero también de aquel plan magnífico que desde toda la eternidad Dios ha diseñado para esa persona. Convergen misteriosamente trabajo del hombre y plan de Dios, en dónde el trabajo del hombre consiste en descubrir cuál es el plan de Dios para él y lograrlo alcanzar, o mejor dicho, buscar siempre el alcanzarlo, con esfuerzo, con serenidad, con alegría. Por ello, bien podemos decir que no *hay nada nuevo bajo el sol*. Los afanes siempre nuevos son siempre los mismos de siempre. Lo que cambia es el impulso que demos a esos esfuerzos.

Bien podemos nosotros aplicar el aforismo para las personas consagradas empeñadas en la nueva evangelización. ¿Qué hay de diferente entre la primera y la nueva evangelización? Es cierto, muchas cosas nos vienen a la mente. La tierra de misión a dónde llegaron los primeros evangelizadores no es ahora la tierra de ahora con tanta técnica, tantos medios de comunicación y muy poco Dios. El mensaje era nuevo para esos pueblos, ahora es un mensaje ya conocido o peor todavía, desconocido porque es manipulado y vilipendiado. Sí, tantas cosas distintas, pero quizás sólo externamente. Si bien la tierra, el mensaje, los hombres y las mujeres mensajeros o destinatarios de la Palabra pueden ser muy distintos, ino hay nada nuevo bajo el sol! Lo que fue la primera evangelización, ésa debe ser también la nueva evangelización. Lo que se hizo en esos años, bien o mal, también se hará en estos años de nueva evangelización.

La educación, como toda obra evangelizadora, no es otra cosa que la transmisión de una experiencia. Los primeros misioneros que llegaron a América, a Filipinas a

la India o la China no eran hombres o mujeres cargados de un gran bagaje cultural, filosófico o teológico. Eran hombres y mujeres que habían hecho la experiencia de Cristo. Y eso les bastaba, era la sustancia de sus vidas. Lo único necesario. Y así los vemos embarcarse en aventuras al estilo de San Pablo. Desconocedores e lenguajes, imbuidos en una cultura toda propia, abiertos al horizonte de lo desconocido, lo inédito, lo imprevisto. Abiertos incluso al horizonte de la muerte porque llevaban en sí la vida misma.

Algo no muy distinto es lo que tiene que hacer la persona consagrada empeñada en la nueva evangelización. Cargarse de la experiencia de Cristo e iniciar la tarea de la nueva evangelización. No debemos por tanto ni exagerar ni tener miedo al papel que hoy juegan los medios de comunicación de nuestros días, el laicismo exagerado, los factores en contra, es decir, los escenarios de la nueva evangelización. Si bien son distintos a aquellos escenarios de la primera evangelización, la propuesta de mensaje es la misma. Hay que adaptar la palabra a los nuevos escenarios, conociéndolos, pero no dejándose intimidar por ellos. Así lo sugería ya la *Perfectae caritatis* cuando proponía para la renovación de la misma consagrada algo que lo podemos aplicar a la nueva evangelización: “Promuevan los Institutos entre sus miembros un conocimiento adecuado de las condiciones de los hombres y de los tiempos y de las necesidades de la Iglesia, de suerte que, juzgando prudentemente a la luz de la fe las circunstancias del mundo de hoy y abrasados de celo apostólico, puedan prestar a los hombres una ayuda más eficaz.”¹ A ellos debemos tender todas las personas consagradas, a un conocimiento tal de la persona de nuestros tiempos que nos permita evangelizarla en la forma más eficaz posible. Para ello, bien valen los ejemplos de los primeros misioneros, *mutandis mutandi*, es decir, adaptando todo lo que hay que adaptar por las diferentes condiciones de tiempos y circunstancias. Así nos lo expresa el Sínodo de los Obispos en su documento sobre los lineamientos para el sínodo sobre la nueva evangelización. “La nueva evangelización es una acción sobretodo espiritual, la capacidad de hacer propia presente el coraje y la fuerza de los primeros cristianos, de los primeros misioneros.”²

Esta frase debe ser iluminativa para las personas consagradas que quieran comprometerse en la nueva evangelización. Si por un lado hay que conocer los escenarios de la nueva evangelización por otro lado no debe olvidar lo que fue el ardor, la fuerza y la intrepidez de los primeros misionarios. Fidel González recoge admirablemente en su libro “El mesianismo en la historia”³ estas cualidades de los primeros misioneros y del que nosotros haremos un pequeño comentario adaptándolo a la nueva evangelización que los consagrados y las consagradas están llamados a realizar.

La radicalidad evangélica según el carisma originario.

Los primeros misioneros de América fueron los franciscanos, los dominicos, los agustinos y los mercedarios, seguidos después por los jesuitas, a partir del s. XVI. ¿Qué tenían en común estas órdenes religiosas? Aparentemente nada. Los franciscanos habían desposado la *dama pobreza* y se dedicaban a predicarla por

toda Europa a partir de su nacimiento, alrededor de 1271, con el Capítulo de “Las Esteras”. Los dominicos con Santo Domingo de Guzmán a la cabeza que a partir de 1215 en Tolosa establece la primera casa de su Orden de los Predicadores para combatir los males de la ignorancia religiosa en su tiempo. Los agustinos que nacen en 1244 con el impulso del Papa Inocencio IV y se dedican a vivir según la regla de San Agustín, buscan llevar una vida de penitencia, estudio y oración. Los mercedarios que nacen en agosto de 1218 y que intentan redimir a los cautivos cristianos, teniendo misericordia con ellos y muchas veces ofreciéndose como rehenes en rescate de ellos. Y por último los jesuitas, que con san Ignacio de Loyola nacen en 1534 para la salvación y la perfección de los prójimos. Sin embargo, esta aparente diversidad en la misión viene sabiamente utilizada por cada uno de ellos en la labor de la evangelización del nuevo mundo. Lo que acomuna a cada uno de ellos es la vivencia radical del carisma.

Cada una de estas congregaciones tenía aún fresco el espíritu de su fundador. No habían pasado más de 250 años desde el nacimiento de su orden, por lo que la apertura al Nuevo mundo era vista como una oportunidad para vivir un carisma que había dado ya muy buenos frutos espirituales. Los franciscanos habían logrado *reconstruir* el tejido social de la Iglesia en vastos sectores. Los dominicos no sólo habían frenado la herejía de los cátaros o los albigenses, sino que se habían convertido en excelentes educadores en la fe. Los agustinos comenzaban una labor educativa en diversos ámbitos. Los mercedarios daban ejemplo de abnegación a favor del prójimo en diversas obras de misericordia y a los jesuitas se les veía empeñados en diversas obras a favor de la salvación de los hombres.

Hay pues en todos estos hombres un factor aglutinante que es la radicalidad en vivir el evangelio. Frente a los problemas de una Iglesia quizás un poco o un demasiado esclerotizada de los siglos XII y XIII, estas órdenes quieren darle nuevo vigor e impulso restaurando la vivencia pura del evangelio. Y lo logran gracias al carisma originario del fundador. Los misioneros que se embarcan en España viven ya una fuerte espiritualidad que los ha capacitado a hacer la *experiencia espiritual* y los impulsa a transmitirla, primero por el ejemplo y después por la acción. Por el ejemplo, ya que la vivencia radical del evangelio era notoria para todos sus contemporáneos. Y con la acción, siempre basada en el evangelio y puesta en marcha a través de las obras que habían puesto en pie gracias al propio carisma.

Por ello, las personas consagradas podemos imitar a estos primeros misioneros buscando vivir *la radicalidad evangélica según nuestro carisma originario*. Resulta que hoy el carisma quizás se ha empeñado por muchas incrustaciones culturales que se han acumulado a lo largo de los siglos y que no nos dejan vivir con frescura dicho carisma. Es necesario, como ha pedido el Vaticano II, volver a los orígenes para conocer bien el carisma. No basta conocer sólo la vida del fundador. Es necesario penetrar la forma de vida que ha dejado el fundador y la forma en que esta forma de vida fue percibida y vivida por las primeras generaciones. Del estudio profundo y serio de esta forma de vida podremos hacer las aplicaciones y

las adaptaciones necesarias para que nuestra actividad misionera en la nueva evangelización cobre vigor gracias a la radicalidad con la que viviremos nuestra vida, basada siempre en el evangelio.

Si el carisma es un *evangelio vivido el día de hoy*, las personas consagradas debemos vivir de acuerdo a esa norma de vida que nos ha dejado el carisma. Aquí la palabra clave es *radicalidad*. No se trata de hacer un ensayo a vivir más o menos el carisma. Se trata de ver la forma en que el carisma puede aplicarse a cada una de nuestras actividades al cien por ciento. No tengamos miedo de ser visto como *fundamentalistas*. Más bien nuestro temor debe ser el de no vivir con coherencia el evangelio en nuestras vidas.

Por ello, lo que los consagrados podemos hacer es conocer muy bien las implicaciones de nuestro carisma en la nueva evangelización y procurar vivir dichas implicaciones en su totalidad. Dichas implicaciones deberán abrazar la globalidad de nuestra persona y de nuestras acciones. Deberemos por tanto buscar las mejores obras que puedan ayudar en la nueva evangelización, siempre en consonancia con el carisma. Deberemos también aprender a vivir con una espiritualidad dichas obras, para no convertirnos en funcionarios del evangelio que quizás ese ha sido uno de los problemas que ha llevado a la Iglesia a quedar postrada en su labor de evangelizadora. Deberemos en fin aplicar el carisma a cada uno de los sectores de nuestras vidas.

Y para ejemplificar lo dicho anteriormente, debemos tomar en consideración que la radicalidad evangélica de los primeros misioneros se concretiza en un triple camino, aquel de imitar, seguir y configurarse con Cristo. Porque para vivir con radicalidad el evangelio se deben escuchar las palabras del Maestro que pide una imitación total, un seguimiento sin límites y un configurar nuestra vida a su vida.

La imitación de Cristo no es simplemente copiar un modelo. Es dejarse conducir por el modelo de vida que Él ha instaurado para encontrar la voluntad de su Padre Dios y llevarla a cumplimiento: "Nada puedo hacer por mí mismo. Yo juzgo de acuerdo con lo que oigo, y mi juicio es justo, porque lo que yo busco no es hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió." (Jn 5, 30). Implica por tanto el tener una actitud constante de búsqueda de la voluntad del Padre y con mucho amor, ponerla en cumplimiento. Así lo hicieron los primeros misioneros. Sobre la huella de sus fundadores buscaban en la misión la voluntad de Dios y con mucho amor y con una dedicación total, eso es precisamente la radicalidad, la llevaban a cabo. "Imitar no significa copiar un ideal. Significa dejarse conducir por Otro hacia dónde tu no quisieras ir, dejar que el amor te configure internamente con la Forma que trasciende toda forma, significa por tanto llegar a ser un original y no sólo una copia."⁴

Ahora en pleno siglo XXI nosotros podemos también conocer esta voluntad de Dios y ponerla en práctica sin recortes y sin condicionamientos, que son la antítesis de la radicalidad. Nos hemos quizás acostumbrado a vivir una vida consagrada

demasiado *acartonada*, rígida y burocrática en dónde nos falta la espontaneidad y la frescura de estos misioneros para seguir la voluntad del padre. Como órdenes mendicantes, su puesto estaba precisamente en el mundo, no para ser asimilado por él, sino para cambiarlo, para testimoniar las verdades eternas. De igual manera, nosotros estamos llamados a testimoniar un Cristo, el Cristo de nuestros fundadores con radicalidad, esto es, con totalidad, sin dejarnos llevar por condicionamientos culturales o incluso por nuestras limitaciones personales.

El segunda aspecto de la radicalidad evangélica es el seguimiento. “El seguimiento supone alguien que camina más adelante y que invita a otros a seguirlo, caminando sobre sus huellas. Como de hecho Jesús lo hace repetidamente en el evangelio. (...) Es una relación central, en cuanto se pone al centro de la vida de los discípulos; nace por el camino, no se nutre tan sólo de bellas palabras o de promesas vanas, sino que imprime un cambio efectivo de dirección sobre la propia vida, porque indica huellas muy precisas sobre las que se debe encaminar la propia vida y poner literalmente, el propio pie.”⁵

Seguir a Cristo con radicalidad es hacer nuevas todos los días las palabras del Maestro “Mientras iban caminando, alguien le dijo a Jesús: «¡Te seguiré adonde vayas!». Jesús le respondió: «Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza». Y dijo a otro: «Sígueme». El respondió: «Permíteme que vaya primero a enterrar a mi padre». Pero Jesús le respondió: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú ve a anunciar el Reino de Dios». Otro le dijo: «Te seguiré, Señor, pero permíteme antes despedirme de los míos». Jesús le respondió: «El que ha puesto la mano en el arado y mira hacia atrás, no sirve para el Reino de Dios.» (Lc 9, 57 - 62). La radicalidad en el seguimiento de Cristo es más una actitud interior que una postura externa. Cuantos consagrados parecen que han dejado todo, pero siguen apegados a sí mismos, a sus criterios, a su modo de ver Edmundo, a su manera de seguir a Cristo. Los primeros misioneros se encontraron en tierras nuevas. Allí había que inventarlo todo. Si bien traían sobre sí un bagaje cultural y religioso heredado de sus tierras de origen, supieron desprenderse de él y adaptarlo a las nuevas circunstancias de tiempos y lugares. Supieron seguir a Cristo por nuevos caminos, siendo ellos, paradójicamente quienes inventaban un camino que no conocían, aunque ya trazado desde la eternidad por el Maestro. Y de esa forma siguiendo unas huellas precisas entablaron una relación personal con Cristo que los llevó a evangelizar pueblos y a fundar nuevas culturas.

La tarea del consagrado hoy día no es diferente. Los escenarios de la nueva evangelización como la secularización, el mundo de las comunicaciones, la economía, la política, la migración se presentan como tierra ignotas a las que se debe transmitir más que un mensaje, una experiencia de vida, la *experiencia de Cristo*. Pero ello debe hacerse con radicalidad, sin componendas o atenuaciones que diluyan el mensaje de Cristo. Radicalidad en el seguimiento para no anteponer nada al amor de Cristo sin que Él sea motor de toda la vida. Tal y como reza la regla de San Benito y a la cual mucha de la órdenes mendicantes hicieron

referencia y de la cual los consagrados de ahora podemos sacar mucho beneficio para nuestra misión en la nueva evangelización: “Debe estar atento para ver si el novicio busca verdaderamente a Dios”⁶

Por último, el tercer aspecto de la radicalidad es la identificación o configuración con los sentimientos de Cristo. “Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús.” (Flp 2, 5). Es el núcleo central para vivir con radicalidad el evangelio. De la imitación se pasa al seguimiento para llegar a la configuración. Ya no es la persona misma que vive por sí ni para sí, la persona se debe para Cristo. Dejar de ser él, para convertirse en otro Cristo. “y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí: la vida que sigo viviendo en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí.” (Gal 2, 20). Verdad teológica admirable que expresó una santa de los tiempos de los primeros misioneros en América, Santa Teresa de Jesús: “Vivo sin vivir en mí, y de tal manera espero, que muero porque no muero. Vivo ya fuera de mí después que muero de amor; porque vivo en el Señor, que me quiso para sí; cuando el corazón le di puse en él este letrero: que muero porque no muero.”⁷

La radicalidad debe llevar a la persona consagrada a una identidad total con Cristo, es decir con la Persona de la que se ha hecho el centro de la vida. No se trata de un despojo despersonalizador, sino la de recoger precisamente todas las energías y capacidades de la persona, todo su ser, y aplicarlo para imitar y seguir a Cristo, dando como resultado esta tercer aspecto de la radicalidad evangélica que es la identificación. Cada aspecto de la persona se pone al servicio de Cristo. La persona consagrada sigue siendo ella misma, pero para el servicio de Cristo. Su pensar, su vivir y su actuar, esto es, toda la persona, se ponen en función de Cristo.

La vida de los misioneros fue una vida vivida en clave de la misión, en clave de lo que les pedía Cristo. Fueron capaces de transformarse en otros Cristo, conociendo viviendo y transmitiendo el propio carisma. Dejaron de ser hombres del S. XVI venidos de Europa para convertirse en heraldos de Cristo, viviendo los mismos sentimientos de Cristo. Sin dejar de ser ellos mismos, se transformaron en lo que Cristo les pidió.

Cristo pide a los consagrados del tercer milenio ser los nuevos evangelizadores del mundo digital, del mundo secularizado y neo-paganizado. Ser los hombres y las mujeres que sepan despojarse de sí mismos para aceptar el reto de la nueva evangelización. La radicalidad evangélica es decir como san Pablo. “No soy yo quien vive en mí, es Cristo que vive en mí.”

Disponibilidad al martirio.

Oigamos en primer lugar lo que nos dice al respecto Fidel González: “Se trataba de la disponibilidad para consumir la propia vida a favor de la misión incluso con el martirio si así lo pedía el Señor. El gran número de mártires testimonia el celo apostólico de estos misioneros. Pese a las muertes de sus miembros las órdenes religiosas no cesaban de enviar nuevos misioneros.”⁸

El martirio ha sido considerado siempre como una de las expresiones más excelsas de la caridad, pues no duda en ofrendar su propia vida por amor de Cristo y de la misión. La vida consagrada a lo largo de los siglos, y de una manera especial en las tierras de misión, no ha escatimado esfuerzo cuando se trata de dar la vida por Cristo. Así lo recordaba Juan Pablo II cuando se dirigía a todas las personas consagradas, al escribir: “En este siglo, como en otras épocas de la historia, hombres y mujeres consagrados han dado testimonio de Cristo, el Señor, con la entrega de la propia vida.”⁹ La vida no se ve como el valor último, el valor supremo sino como un medio para alcanzar el valor último, el valor supremo que es la vida eterna. Entonces, todo en la vida viene relativizado por alcanzar la vida eterna, que dicho en palabras de Benedicto XVI, la vida eterna se convierte en la sustancia: “*Hyparchonta* son las propiedades, lo que en la vida terrenal constituye el sustento, la base, la « sustancia » con la que se cuenta para la vida. Esta « sustancia », la seguridad normal para la vida, se la han quitado a los cristianos durante la persecución. Lo han soportado porque después de todo consideraban irrelevante esta sustancia material. Podían dejarla porque habían encontrado una « base » mejor para su existencia, una base que perdura y que nadie puede quitar. No se puede dejar de ver la relación que hay entre estas dos especies de « sustancia », entre sustento o base material y la afirmación de la fe como « base », como « sustancia » que perdura. La fe otorga a la vida una base nueva, un nuevo fundamento sobre el que el hombre puede apoyarse, de tal manera que precisamente el fundamento habitual, la confianza en la renta material, queda relativizado. Se crea una nueva libertad ante este fundamento de la vida que sólo aparentemente es capaz de sustentarla, aunque con ello no se niega ciertamente su sentido normal.” La verdadera *sustancia* en la vida de un hombre, son las realidades en las cuáles no sólo cree, sino que espera, es decir, que está seguro que van a venir. La vida de una persona que espera es muy distinta a la de una persona que sólo cree. La persona que espera *hipoteca* toda su vida por las verdades en las que ha puesto su esperanza.

Es esta esperanza la que sostuvo a los primeros misioneros frente al martirio. Siendo que el martirio no se improvisa, sino que Dios lo regala y va preparando al alma a ello, la persona que sufre el martirio es una persona que ha sabido distinguir la verdadera *sustancia* en la vida, de forma que tiene a las verdades que espera como el sostén de su vida. Es por ello que como San Pablo, los mártires pueden decir: “Pero todo lo que hasta ahora consideraba una ganancia, lo tengo por pérdida, a causa de Cristo.” (Flp 3, 7). El apóstol, como la persona que llega al martirio, considera todo en la vida como una pérdida, con tal de alcanzar la verdadera sustancia de esta vida, que es Cristo.

De esta manera la persona que vive por la fe las verdades eternas, posee un sustento verdadero y que puede compartir con otras personas. El martirio se convierte por tanto no sólo en una forma cruenta de dar la vida, sino también en la testimonianza de una vida empeñada en compartir la *sustancia* verdadera de la vida. “Esta nueva libertad, la conciencia de la nueva « sustancia » que se nos ha dado, se ha puesto de manifiesto no sólo en el martirio, en el cual las personas se han

opuesto a la prepotencia de la ideología y de sus órganos políticos, renovando el mundo con su muerte. También se ha manifestado sobre todo en las grandes renunciaciones, desde los monjes de la antigüedad hasta Francisco de Asís, y a las personas de nuestro tiempo que, en los Institutos y Movimientos religiosos modernos, han dejado todo por amor de Cristo para llevar a los hombres la fe y el amor de Cristo, para ayudar a las personas que sufren en el cuerpo y en el alma. En estos casos se ha comprobado que la nueva « sustancia » es realmente « sustancia »; de la esperanza de estas personas tocadas por Cristo ha brotado esperanza para otros que vivían en la oscuridad y sin esperanza.”¹⁰

El martirio se convierte entonces no sólo en el testimonio cruento por una vida eterna, sino en el testimonio incruento por esa misma vida eterna. Antes, el martirio requería dar la vida por la fe, mediante el derramamiento de la sangre. Los primeros misioneros lo testimoniaron con sus vidas. Ahora, las personas consagradas deben dar testimonio de esas realidades eternas en un mundo relativista y casi paganizado en algunos contextos culturales. De esta forma se han expresado los Padres del sínodo de los obispos cuando escriben. “La nueva evangelización nos pide confrontarnos con los nuevos escenarios del mundo, sin permanecer encerrados en los recintos de nuestras propias comunidades e instituciones, sino aceptando el reto de entrar en estos fenómenos para tomar la palabra y dar un testimonio desde nuestras vidas desde el interno de esas realidades. Esta es la forma en que hoy en día asume la martyria cristiana, aceptando la confrontación, incluso con las recientes formas de ateísmo agresivo o de la secularización extrema, cuya finalidad es eclipsar la cuestión de Dios de la vida del hombre.”¹¹

La persona consagrada debe retomar la fuerza del testimonio de los primeros misioneros, considerando en primer lugar cuál es la verdadera sustancia en sus vidas. Inmersos en un mundo materialista y hedonista, la persona consagrada puede padecer alguna de estas enfermedades¹². Debe sacudirse las posibles incrustaciones culturales de este tipo de vida y recuperar aquello que es su propia *sustancia*: el seguimiento radical del evangelio según el propio carisma, como veíamos en el inciso anterior. Una vez recuperada esta *sustancia* debe aprender a ser testimonio de dicha sustancia frente a las realidades del mundo, no temiendo el enfrentarse a ellas. Quizás en este punto, la persona consagrada ha perdido mucho el tiempo. Después del Concilio Vaticano II, en algunos sectores de la Iglesia, se confundió el diálogo y la tolerancia con el mundo con la falta de espíritu misionero, es decir, la incapacidad para proponer al mundo las verdades eternas¹³. Dejadas éstas a la esfera de lo privado¹⁴, los agentes misioneros poco a poco se fueron replegando sobre sí mismos hasta llegarse incluso a cuestionar su testimonio público a través de la sola presencia, dando nacimiento a un completo silencio de todas las formas de testimonio de las verdades de la fe, dedicándose más bien y casi exclusivamente a la labor social.

Es necesario que la persona consagrada recupere la audacia de los primeros misioneros y con el debido respeto por las personas y por sus ideas, dialogue con

el mundo. No debe avergonzarse por lo que profesa, sino que lo debe proponer con vigor y con inteligencia. Y no debe olvidar nunca que a pesar de que las sociedades y la cultura estén dominadas por la secularización, siempre habrá un ansia de Dios en el interno de la persona y que sólo espera que alguien sirva de instrumento para que Dios pueda colmar este vacío. Recuperar la audacia de los primeros misioneros es recuperar la capacidad del martirio que en nuestros días bien podría traducirse en no quedarse con los brazos cruzados, esperando mejores tiempos, no lamentarse de la situación sin hacer nada, armarse de la inteligencia para conocer y penetrar cada vez más mejor las verdades de las que se ha hecho profesión en el bautismo y en la profesión religiosa, tener la audacia de proponer con formas siempre nuevas el mensaje de Cristo y de su palabra viendo a los hombres alejados de Cristo como los nuevos pobres de nuestro tiempo¹⁵, amar esas almas de nuestra época que se pierden porque nadie les transmite la verdad, estar dispuestas a soportar la burla y el ridículo al exponer las verdades eternas. Recordar siempre las palabras de Cristo. “¡Felices ustedes, cuando los hombres los odian, los excluyan, los insulten y los proscriban, considerándolos infames y los proscriban, considerándolos infames a causa del Hijo del hombre! ¡Alégrense y llérense de gozo en ese día, porque la recompensa de ustedes será grande en el cielo. De la misma manera los padres de ellos trataban a los profetas! (Lc 6, 22 - 23).

*Un viaje sin retorno*¹⁶

Tal parece el título de una novela romántica, *Un viaje sin retorno*. Sin embargo no era una novela romántica el tomar una barca hacia el Nuevo mundo o hacia otros mundos y saber que no se regresaría más. Atrás quedaban casa, madre, padre, hermanos. Tal parece una consecuencia lógica de la radicalidad del evangelio de la que hablamos un poco antes. Sin embargo, creo que conviene verlo como una consecuencia de la consagración que incide directamente en la misión. Veamos por qué.

La consagración, según definiciones comunes, “designa un acto que une a Dios mediante una relación tan fuerte que hace que esta persona o cosa se encuentre separada de su mundo y de aquello que poseía, y se pone en un lugar aparte, es decir, reservado al Señor.”¹⁷ Es lo que el Magisterio de la Iglesia dice cuando afirma: “Las *personas consagradas*, que abrazan los consejos evangélicos, reciben una nueva y especial consagración que, sin ser sacramental, las compromete a abrazar —en el celibato, la pobreza y la obediencia— la forma de vida practicada personalmente por Jesús y propuesta por El a los discípulos. Aunque estas diversas categorías son manifestaciones del único misterio de Cristo, los laicos tienen como aspecto peculiar, si bien no exclusivo, el carácter secular, los pastores el carácter ministerial y los consagrados la especial conformación con Cristo virgen, pobre y obediente.”¹⁸ La consagración viene a ser no sólo el modo de ser, sino el ser de la persona misma. No es sólo la donación de tiempo o de actividades, sino que es la donación de la persona misma para pertenecer sólo a Dios. La persona consagrada inicia por tanto un viaje *sin retorno*, desde el momento en que decide responder a la llamada de Dios. Es empeñar toda la vida en aquello que Dios dirá. Es dedicar

uno mismo a lo que Dios irá pidiendo, por lo que no cabe el voltear la vista hacia atrás.

La materialización de este empeño definitivo por toda la vida, en la vida consagrada tiene su cauce natural en la misión. La misión no es sólo la colección de actividades, más o menos buena, más o menos espirituales que desarrolla la persona consagrada bajo el signo de la obediencia y con un fuerte sabor carismático. Eso es sólo una visión meramente humana y social de lo que debe ser la misión. La misión debe ser entendida como *“mantener viva en los bautizados la conciencia de los valores fundamentales del Evangelio, dando « un testimonio magnífico y extraordinario de que sin el espíritu de las Bienaventuranzas no se puede transformar este mundo y ofrecerlo a Dios ».”*¹⁹ Para mantener siempre vivos los valores del evangelio, la persona cuenta como medio privilegiado el testimonio de su propia la vida. La persona consagrada se convierte en un recordatorio de tantas verdades espirituales y eternas, no sólo por las actividades externas o las palabras, sino por los hechos y los actúes. Lo que es y lo que hace la persona consagrada, su misión, no puede ser algo etéreo, sino que es lo que trasmina de su interior. La misión refleja el ser de la persona consagrada.

Esta misión por tanto, no es sólo un hacer, sino una forma de ser. La misión puede cubrir distintas tareas, pero en el fondo será la expresión concreta de la consagración a Cristo, mediante algunas actividades que buscarán de alguna manera reflejar la vida de Cristo, recordando las verdades eternas. Y se convierte en un empeño por toda la vida. Esto lo habían entendido muy bien los primeros misioneros, que quizás en una forma muy plástica, al hacerse a la mar, se empeñaban por toda la vida en la misión que su carisma les había asignado.

Hoy día, sin dejar el escritorio o sin salir del convento, la persona consagrada que quiere empeñarse en la nueva evangelización, no necesita ser tan plástica como para hacerse a la mar en busca de personas que se deben evangelizar. Basta que lea los periódicos, escuche la radio, vea la televisión, navegue por Internet y se dé cuenta el tipo de cultura en la que viven hombres y mujeres y se deje persuadir de la constante invitación de Jesucristo para ir i predicar el evangelio y de que haga suya las palabras de San Pablo: “Si anuncio el Evangelio, no lo hago para gloriarme: al contrario, es para mí una necesidad imperiosa. ¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!” (1 Cor 9, 16).

Tiene que hacer sin embargo el mismo esfuerzo de los primeros misioneros para que su empeño en la nueva evangelización sea por toda la vida, *un viaje sin retorno*, sin la posibilidad de mirar la vista hacia atrás o dejarse vencer por el abatimiento y las dificultades. Evangelizar un mundo laico, alejado de Dios y muchas veces contrario a Él, no es cosa fácil, pero tampoco imposible. Debe hacer el cambio de paradigma en forma tal que no espere grandes resultados, grandes conversiones. Las conversiones en masa no existen, ni creo que hayan existido después del tiempo de los apóstoles. Se tienen que ganar las almas una a una, de lo contrario los católicos del siglo XXI nos convertiremos en un *ghetto* de amigos

conocidos, habiendo perdido el gusto por evangelizar, la aventura de saber que llevamos la buena noticia a muchísimos de nuestros hermanos. Es triste ver como en algunas latitudes del globo terráqueo las personas consagradas están cayendo en una terrible depresión porque se han replegado demasiado en sí mismas y no ven las oportunidades que la nueva cultura les propone para la evangelización. Son personas consagradas que han dejado la barca de la evangelización y han iniciado un viaje de retorno. Se dan por vencidas sin haber intentado la lucha, el sano combate por el evangelio.

Ver el ejemplo de los primeros misioneros es embarcarse en la aventura de la nueva evangelización haciendo el compromiso personal de no dejar nunca de evangelizar, aunque se tenga que volver a empezar una y otra vez. Es buscar en el carisma las inspiraciones necesarias para encontrar nuevos caminos para lograr que muchas personas conozcan y amen a Jesucristo. Es recobrar la seguridad en sí mismos, en Cristo y en la misión, seguros de que *todo lo podemos en aquel que nos conforta*.

La radical pobreza evangélica.

Me ha impresionado esta cualidad de los primeros misioneros. No tanto por ellos mismos, pues no dudo de su verdadera pobreza, especialmente proviniendo de una *experiencia espiritual* fuerte que provenía de un carisma fresco, vivo, recientemente puesto en práctica en Europa y del que ya se veían los frutos en la renovación de la Iglesia. Me impresiona por la eficacia en la evangelización del nuevo mundo. Oigamos de nuevo a Fidel González, sobre la forma en la que la pobreza influyó en la evangelización: “Uno de los aspectos que más favoreció el encuentro de los misioneros con los indios y de los que más movió a éstos a la conversión del cristianismo. En un mundo donde el deseo de riquezas y de poder se había convertido en algo cotidiano, la pobreza fue considerada como parte integrante de la evangelización.”²⁰ Debemos situarnos en aquella época para comprender la importancia de la pobreza en la evangelización. Los conquistadores y en general el pueblo español provenían de una sociedad opulenta, pero en bancarrota. Después de la reconquista española llevada a cabo por los reyes católicos Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, las arcas reales estaban nuevamente llenas, aunque se vaciarían por las continuas guerras que sostendrá Carlos V. El descubrimiento de América otorga la posibilidad a estos dos reinos, especialmente al de Castilla de regenerarse económicamente. Cobran nuevo brillo las hidalguías y la nobleza y de ahí nace una sociedad opulenta que basa la fama y el honor en el poder. La Iglesia de alguna manera se salpica de esta ansia de dinero y de poder. Son los tiempos de Alejandro VI, el Papa Borgia. Se vive por tanto una situación en donde la riqueza hace al hombre.

Este tipo de sociedad es la que se traslada a vivir en América e impone el mismo *status* de vida, favorecido por la exhuberancia de los bienes naturales, la mano de obra indígena relativamente gratis o a muy bajo costo, los monopolios establecidos por la colonia, las facilidades fiscales a los españoles peninsulares y a los encomenderos. Se consolida por tanto una clase social dominante que detenta el

poder y el dinero. Son los españoles y los criollos, hijos de españoles nacidos en América. De otro lado se encuentran los mestizos y sobre todo los indígenas, seres que después de la conquista han quedado a merced de los españoles y los criollos. Son dos clases sociales impenetrables, en dónde los roles no se intercambian y una clase, la de los indígenas y los mestizos sostiene el poder económico de la otra clase, los españoles y los criollos.

Siendo por tanto estas dos clases sociales tan disímiles entre sí, es lógico que se establezcan los estereotipos, con pocas excepciones. Los indígenas y los mestizos son los pobres, los españoles y los criollos son los ricos, los poderosos. Por ello, cuando llegan los misioneros, españoles, vestidos pobremente, que no buscan ni se afanan por el lucro, el poder o la riqueza, que comienzan a interactuar con los indígenas para ayudarlos, para estar con ellos, que viven y actúan como pobres y con los pobres, los estereotipos se rompen. Por ello el impacto tan fuerte que causaron en los indígenas y los mestizos. Sus palabras cobran valor porque son respaldadas con el actuar. Hablan de pobreza y viven como pobres, hablan de humildad y viven como humildes. Incluso los españoles los respetan, los admiran y los obedecen. El impacto de la evangelización se debe a la genuinidad en la que viven su vocación. “Este testimonio tuvo tal importancia que su urgencia se encuentra en todas las disposiciones de la Corona, de los concilios de las Indias y de los Capítulos de las órdenes religiosas, que regulan la actividad misionera. En este sentido se prohibieron la imposición de penas pecuniarias a los fieles y el cobro por la administración de los sacramentos -aspecto que fue observado durante los tres siglos de dominación española-. Además, el valor de la pobreza evangélica fue claramente comprendido por muchos conquistadores como Cortés mismo, que pedían misioneros de estricta observancia. Tanto su pobreza como el respeto que estos hombres suscitaban en los conquistadores asombraban desde el primer momento a los indios, siendo para ellos motivo de conversión.”²¹

La sola pobreza generaba conversiones porque era una forma de vida contrario a aquello que el mundo proponía como ideal. La pobreza era no sólo la forma de conversión, sino la propuesta concreta del mensaje de evangelización que se estaba proponiendo.

En nuestra sociedad líquida²², encuentro algo muy similar a esta sociedad española - criolla del siglo XVI - XVIII. Si bien hay tantos siglos de diferencia se coincide en un valor fundamental, o más bien dicho, en un antivalor, como es el de fundamentar el ser en la apariencia. La sociedad del siglo XVI fundamentaba su ser en el tener. Se era persona, se tenía un valor cuanto persona, mientras más alto era el status social generado por el dinero y por la clase social a la que se pertenecía. Hoy en día, la sociedad líquida valora a las personas por lo que pueden aparentar. El narcisismo viene premiado, porque una persona es tanto en cuanto logra aparentar lo que quiere ser. “El bienestar que caracteriza nuestra sociedad da a la vida de cada día una carga de necesidades adjuntas que puede generar patología. Muchas veces la búsqueda de la “felicidad” puede ser y es mediada por bienes en la mayoría de los casos superfluos, pero con un eficaz impacto sobre

nuestra esfera psíquica. En efecto, el narcisista concentrado en la cotidianidad vive en la búsqueda espasmódica de comodidad, privilegios, diversiones para compensar las inseguridades y el vacío interior. En tal modo vive terribles contradicciones entre la percepción del sí ideal (la imagen corpórea de sí), el Yo individual (el producto mental del valor personal) y colma lo que no puede obtener (amor, estima, aprobación) con sucedáneos, precisamente ilusorios, que no garantizan ninguna autonomía y felicidad duradera.”²³

En la sociedad líquida se es persona en la medida en la cual se aparenta lo que la sociedad tiene como valores fundamentales. Si antes, en el siglo XVI era el dinero y la posición social los valores que fundamentaban a la persona, hoy en día se fundamenta a la persona en la apariencia física, en la supuesta libertad, en la capacidad de disfrutar el mundo en forma placentera. Todos estos valores que fundamentan a la persona se encuentran testimoniados en la red social. Basta analizar los perfiles en *facebook*, en la red social, los comerciales en la televisión y en todos los medios de comunicación para darse cuenta cómo se exalta la imagen, la apariencia personal, lo que se hace o lo que se pretende ser. Es la exaltación de la imagen.

Frente a esta imagen, las personas consagradas se presentan en forma verdadera. La pobreza de hoy no es simplemente el presentarse en sayo y vivir con sobriedad. La pobreza hoy es presentarse tal como se es, sin aparentar nada. Ser genuino, ser auténtico. Y es la genuinidad y la autenticidad de vida la que atraen en la nueva evangelización. Presentarse tal como se es, sin ninguna pretensión, sin querer ser admirado, es un valor que es revolucionario hoy en día, cuando todas las personas no quieren o no pueden presentarse como son, por temor a no ser valoradas, aceptadas o tomadas en cuenta. Muchas de las patologías actuales se deben a la búsqueda insaciable de sucedáneos que permiten a las personas presentarse como aquellas que no son, pero que aparentan ser lo que quisieran ser. Es la cultura de la imagen.

Así como los primeros misioneros llamaron la atención por su pobreza, porque eran genuinos y había una coherencia entre lo que proclamaban y lo que vivían, así también hoy las personas consagradas pueden tener un fuerte impacto en la nueva evangelización. Cuando una persona se presenta sin pretensiones, con sencillez, sin dar una imagen falsa de sí misma, esta persona está llamada a influir en los demás, porque está presentándose en forma original, en forma nueva. Se presenta tal como es. Lógicamente no debe ser únicamente una presentación, debe ser un llamado a vivir lo que se profesa. La persona consagrada puede evangelizar en la medida en que se presenta como lo que es y no como lo que los otros podrían esperar de ella o lo que ella pretende proyectar de sí misma.

Y si esta es una regla para la nueva evangelización, se aplica también cuando las personas consagradas utilizan el *Internet* para presentarse a sí mismas. Así lo ha recordado Benedicto XVI: “También en la era digital, cada uno siente la necesidad de ser una persona auténtica y reflexiva. Además, las redes sociales muestran que

uno está siempre implicado en aquello que comunica. Cuando se intercambian informaciones, las personas se comparten a sí mismas, su visión del mundo, sus esperanzas, sus ideales. Por eso, puede decirse que existe un estilo cristiano de presencia también en el mundo digital, caracterizado por una comunicación franca y abierta, responsable y respetuosa del otro. Comunicar el Evangelio a través de los nuevos medios significa no sólo poner contenidos abiertamente religiosos en las plataformas de los diversos medios, sino también dar testimonio coherente en el propio perfil digital y en el modo de comunicar preferencias, opciones y juicios que sean profundamente concordantes con el Evangelio, incluso cuando no se hable explícitamente de él. Asimismo, tampoco se puede anunciar un mensaje en el mundo digital sin el testimonio coherente de quien lo anuncia.”²⁴

Lo clásico

Hemos mencionado algunas características mediante las cuales la persona consagrada puede evangelizar o nuevamente evangelizar la sociedad líquida. Mencionaremos a continuación algunas características *clásicas* que forman parte del patrimonio de la espiritualidad de la pastoral y que vividas con las adecuadas adaptaciones a nuestro tiempo pueden dar aún muy buenos frutos. Son medios que han ayudado a lo largo de la historia a poner en práctica el carisma y que hoy pueden ayudar a las personas consagradas a recobrar el *fervor primero* del carisma originario.

Apostolado o sentido de la misión carismática.

A lo largo de la historia de la vida consagrada, ésta se ha caracterizada por un fuerte sentido de la misión. Muchos carismas han nacido como respuesta a las necesidades más variadas de todos los tiempos. “Hay algunos Institutos religiosos que nacen como respuesta evangélica a una necesidad particular. El fundador no tiene el carisma de una gran y original visión espiritual, pero sí el de una gran sensibilidad y generosidad de frente a determinadas necesidades, junto a una especial capacidad de organizar la vida propia y la de los compañeros, en función de la respuesta que se tiene que dar.”²⁵ Será por tanto la misión apostólica, a ser de fulcro en la vida y las obras de estos tipos de instituciones, que son la grande mayoría de las congregaciones religiosas, especialmente aquellas que nacieron en el siglo XIX.

No hay que olvidar que detrás de esta misión apostólica estaba siempre la vivencia del carisma. Era el carisma el que sostenía las obras apostólicas, por lo que éstas eran el evangelio hecho acridad. No eran sólo obras sociales, sino que eran el reflejo vivo y actual de toda una experiencia del espíritu, que si bien iniciaba a partir de una necesidad concreta, se convertía en una verdadera escuela de espiritualidad, en dónde en el primer puesto se encontraba el encuentro personal con Dios.

Al pasar del tiempo, estas obras apostólicas pierden o dejan de reflejar la *experiencia del espíritu* que les ha dado origen. Dios y sus intereses quedan

relegados al plano personal o comunitario, pero deja de ser el fulcro de la misión. Las causas son varias y entre ellas podemos mencionar la importancia que se da al hacer más que al ser, el descuido de la vida espiritual, la supuesta libertad en la que se deja la vida interior y la vida espiritual de las personas consagradas. Si bien las causas son varias, el resultado es el mismo, se pierde el verdadero sentido de la misión que deja de ser la expresión de una *experiencia del espíritu*.

Las características de nuestra sociedad líquida requieren no sólo agentes sociales, sino verdaderos apóstoles, en el sentido integral de la palabra, es decir, testigos de una realidad trascendente. No se necesitan ya maestros, agentes de la caridad, enfermeras o gestores de los derechos humanos. Se necesitan hombres y mujeres consagrados que mediante su apostolado den a conocer el trascendente, ayuden a que sus hermanos y hermanas se encuentren con un Cristo vivo y real, el Cristo del fundador que a su vez los consagrados han experimentado.

Es necesario por tanto recuperar el brío del apostolado que nacerá sólo de la *experiencia del espíritu* llevada a cabo todos los días con fatiga. Mística y ascética serán las recetas para lograr hacer esta *experiencia del espíritu* en cada jornada. Se buscarán por tanto aquellos apostolados que satisfagan no las necesidades personales, sino que sean la expresión de la experiencia del espíritu y sean las más eficaces para satisfacer las necesidades de esta sociedad líquida. Conviene hacer por lo tanto un estudio de aquellos apostolados que más reflejen el carisma y más puedan ayudar a la sociedad líquida de nuestros días a encontrar un verdadero sentido, una verdadera dirección, primero humana y después espiritual.

Frecuencia sacramental o encuentro vivo con Cristo

Tal parecería que esta característica sugerida para la nueva evangelización resultase superflua o innecesaria. Las personas consagradas dedicamos buena parte de nuestro tiempo a la frecuencia de los sacramentos, especialmente la eucaristía y la confesión. Sin embargo cabe hacer un análisis a la luz de los requisitos de la nueva evangelización.

Ya hemos dicho que más que los métodos, lo que va a atraer a las personas nuevamente a Cristo es nuestra capacidad para transmitir la experiencia espiritual de Cristo. No se trata de grandes programas de pastoral, o de usar adecuadamente los nuevos medios de comunicación digital. La nueva evangelización se llevará a cabo en la medida en que sepamos transmitir la experiencia de Cristo: “En cualquier caso *evangelización* no significa solamente enseñar una doctrina sino anunciar a Jesucristo con palabras y acciones, o sea, hacerse instrumento de su presencia y actuación en el mundo.”²⁶ Es por ello que las personas consagradas ante que nada deben darse a la tarea de hacer la experiencia de Cristo para después transmitirla a los demás. “Transmitir la fe significa crear en cada lugar y en cada tiempo las condiciones para que este encuentro entre los hombres y Jesucristo se lleve a cabo. La fe como encuentro con la persona de Cristo tiene la forma de la relación con Él, de la memoria de Él

(en la Eucaristía) y del formar en nosotros la mentalidad de Cristo, en la gracia del Espíritu.”²⁷

Una experiencia espiritual no se transmite sólo con palabras. El valor del testimonio es más creíble que todas las palabras dichas para expresar dicho testimonio, y más aún ante la sociedad líquida a la que nos enfrentamos que muchas veces no puede captar nuestras palabras, no por falta de interés o de voluntad, sino por falta de conocimiento de un lenguaje netamente espiritual. Si bien es difícil entablar una conversación profunda con estos neo-analfabetas, sin embargo frente a las cuestiones más profundas, estos hombres y mujeres líquidos suelen frenarse y puede ser el inicio de una posible nueva evangelización. Así lo mencionaba Juan Pablo II cuando decía: “Frecuentemente, quien tiene necesidad de esperanza piensa poder saciarla con realidades efímeras y frágiles. De este modo la *esperanza*, reducida al ámbito *intramundano* cerrado a la trascendencia, se contenta, por ejemplo, con el paraíso prometido por la ciencia y la técnica, con las diversas formas de mesianismo, con la felicidad de tipo hedonista, lograda a través del consumismo o aquella ilusoria y artificial de las sustancias estupefacientes, con ciertas modalidades del milenarismo, con el atractivo de las filosofías orientales, con la búsqueda de formas esotéricas de espiritualidad o con las diferentes corrientes de *New Age*. Sin embargo, todo esto se demuestra sumamente ilusorio e incapaz de satisfacer la sed de felicidad que el corazón del hombre continúa sintiendo dentro de sí. De este modo permanecen y se agudizan los signos preocupantes de la falta de esperanza, que a veces se manifiesta también bajo formas de agresividad y violencia.”²⁸

La experiencia espiritual se adquiere en la manera en que la persona consagrada se acerca a Cristo a través del propio carisma. Cada fundador, grande o pequeño ha dejado una grande o pequeña escuela de espiritualidad, esto es, un camino para llegar a Dios. A través de una lectura especial del evangelio o mediante una obra puesta en marcha para saciar una necesidad importante en la Iglesia, cada fundador junto con la comunidad originaria inicia un nuevo camino para lograr identificarse con Cristo. De esta identificación nacen la identidad propia, el dinamismo apostólico y una peculiar espiritualidad²⁹. Es en el contacto con Cristo, especialmente mediante los sacramentos, en dónde se nutre día a día esta experiencia de fundación, a pesar de que la necesidad originaria haya sido ya superada, pues quedan las actitudes, las virtudes y el espíritu con el que el fundador quiso imprimir la naciente comunidad y el resto de la vida del Instituto.

El contacto asiduo con Cristo en los sacramentos, aumenta esta experiencia espiritual, no en forma automática, bien lo sabemos, sino a través de las disposiciones de la persona que se acerca a ellos. “A veces se insiste demasiado en el efecto *ex opere operato* de los sacramentos, como si ese fuera su efecto único o todo dependiera exclusivamente de eso. No hay que perder de vista que el efecto *ex opere operato* se conjuga en la recepción de los sacramentos con el efecto *ex opere operantis*, o sea, con las disposiciones de quien los recibe. De dónde en la práctica es de gran importancia la cuidadosa preparación y la

intensidad del fervor al recibirlos. Es clásico el ejemplo de la fuente y del vaso: la cantidad de agua que se recoge no depende solamente de la fuente, sino también del tamaño del vaso que la recibe. Ahora bien: el vaso de nuestra alma se ensancha con la intensidad del fervor o devoción.”³⁰

Este contacto con Cristo ayudará más en la experiencia personal espiritual si logra ser identificado con el Cristo del fundador. Como Cristo no es una idea, ni un sentimiento, sino una persona con quien debemos encontrarnos, si logramos identificar las cualidades de este Cristo, mismas que sirvieron de *motor* para la experiencia espiritual del fundador, tanto mejor, pues estaremos en la ruta justa para hacer la experiencia del espíritu y así después poder transmitirla a los demás.

Oración.

“Los religiosos y religiosas deben continuar en cada época tomando ejemplo de Cristo el Señor, alimentando en la oración una profunda comunión de sentimientos con El (cf. Flp 2, 5-11), de modo que toda su vida esté impregnada de espíritu apostólico y toda su acción apostólica esté sostenida por la contemplación.”³¹ Una persona consagrada que no ora, es una persona consagrada que está condenada al fracaso. Y fracaso no por el hecho de que abandonará la vida consagrada, sino porque no tendrá la posibilidad de transmitir la verdadera *experiencia del espíritu*, de la cual tienen necesidad los nuevos nativos digitales o habitantes de la sociedad líquida y también porque será una persona no realizada, en el sentido de que no podrá llevar a cumplimiento el programa carismático de su propio Instituto o congregación.

La situación de la vida consagrada en muchas partes del mundo es triste y desoladora. Religiosos y religiosas que en alguna época prometieron una fidelidad a ultranza hoy se contentan no con ser fieles, sino con perseverar, que traducido en un lenguaje más grosero, pero quizás más real, son personas que están ahí “aguantando, soportando”. Cumplen maravillosamente las responsabilidades que les han encargado, ya sea en la parroquia, en la escuela, en los hospitales o al interno de la comunidad o de la congregación, pero son obras carentes de alma o que no hacen transparente la presencia de Cristo, especialmente el Cristo del fundador. ¿Qué ha sucedido? Aquello que menciona P. Cencini: “Si por un lado la vida consagrada se encuentra muy ocupada en proporcionar servicios -pensamos a tantos religiosos y religiosas intensa y variadamente empeñados en varios frentes de la caridad-, quizás no es tan activa en comunicar y hacer visible el alma, la raíz escondida que inspira la acción, es decir la espiritualidad.”³² Los hombres y las mujeres de la nueva cultura que debemos evangelizar aprecian nuestros servicios, pero quizás ya no tienen necesidad de ellos, puesto que los encuentran en otros agentes, y quizás con igual o mejor preparación técnica. Si nuestros servicios reflejasen con mayor vivacidad el carisma, estos es, la *experiencia espiritual*, el Cristo del fundador, entonces quizás estaríamos en grado de llevar a cabo o de comenzar la nueva evangelización.

Pero para que esto suceda, para que nuestras obras reflejen nuestro espíritu, es necesario dedicar tiempo a la *experiencia espiritual*, es decir, es necesario dedicar tiempo al espíritu. Quien pasa todo el día realizando servicios de calidad y de caridad, pero descuida su contacto íntimo y personal con Dios, será un gran empresario de la caridad, pero no llegará a hacer resplandecer el rostro de Cristo en sus obras. Lo había dicho ya Benedicto XVI en su discurso inaugural del Pontificado. Las personas consagradas deben transparentar la presencia de Cristo: “Os saludo a vosotros, religiosos y religiosas, testigos de la presencia transfigurante de Dios.”³³

Y es precisamente esta presencia transfigurante de Dios la que buscan las personas que se acercan a nosotros. Pero si la persona consagrada no dedica tiempo a cultivar en sí mismo esta presencia de Dios, será muy difícil poder darla a los demás. De aquí la necesidad de dar tiempo de calidad a la oración, que es el espacio en dónde el alma se nutre y se asimila a Dios. No somos meros funcionarios sociales, somos portadores de una presencia real que es Cristo. “Sería ilógico y reductivo pensar que ese seguimiento y esa imitación peculiares se refieren solamente a los ámbitos o dimensiones del Cristo consagrado y del Cristo misionero. En efecto, el religioso tiene que ser en la Iglesia y en el mundo no sólo la presencia viva del Cristo consagrado, obediente, casto, pobre y misionero, sino también la presencia viva del Cristo <>.”³⁴

La oración no se reduce a la oración comunitaria o coral como pueden ser la liturgia de las horas, la santa misa o el rosario en comunidad. Es necesario ir en profundidad, es decir, esforzarse por mantener un coloquio con Cristo todos los días, de forma tal que se pueda conocerlo, para amarlo y poder así transmitirlo a los demás. Esa es a oración, el verdadero hablar de tú a tú con Dios, con el fin de adecuar la vida a esta *experiencia espiritual*. “«Para mí, la *oración* es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como en la alegría.”³⁵

Dirección espiritual.

La *experiencia del espíritu* a la que hemos aludido a lo largo de este artículo, no se circunscribe a un solo acto o momento en la vida de la persona consagrada, ya que no es ni un fenómeno místico, ni una experiencia mística. Forma parte del itinerario espiritual que toda persona consagrada debe llevar a cabo a lo largo de su vida. Por ello, la experiencia del espíritu no debe permanecer alejada de las circunstancias vitales de la persona. Se encarna en cada una de ellas.

Por este emotivo, conviene que la persona consagrada recurra en forma ordinaria a la dirección espiritual, medio de crecimiento personal humano y espiritual. Mucho se ha hablado en los últimos decenios sobre la dirección espiritual. Sin duda alguna es necesario purificarla de muchas incrustaciones culturales y equívocos acumulados a lo largo de la historia y ponerla al día, con la ayuda de la teología y de las ciencias humanas más afines, como la psicología. Y recordar también que nunca podrá ser sustituida por ningún otro elemento humano, cuando se busca la

perfección en el estado de vida a la que Dios ha llamado a cada persona, que en nuestro caso que estamos tratando es la vida consagrada. “También la dirección espiritual en sentido estricto merece recobrar su propia función en el

* **[Preguntas y comentarios al autor](#)**

* **Para mayor información, visita nuestra [Comunidad de Religiosas](#).**

* **¿Dudas, inquietudes? [Pregúntale a un experto](#)**

* **¿Te gustó nuestro servicio? [Suscríbete a nuestro boletín mensual](#)**

[Más artículos de Germán Sánchez Griese](#)

[¿Quién es Germán Sánchez Griese?](#)